

CAPÍTULO II DESARROLLO PSICOAFECTIVO: UNA APROXIMACION PSICODINÁMICA

1. DEFINICIÓN Y TEORÍAS DEL DESARROLLO PSICOAFECTIVO: LA PERSPECTIVA PSICODINÁMICA DEL DESARROLLO

De la herencia a los cimientos del aparato psíquico

La palabra desarrollo denota los procesos vinculados temporalmente, los cambios progresivos del funcionamiento adaptativo. Es decir, el desarrollo comprende la integración de los cambios constitucionales y adquiridos que conforman la personalidad en constante evolución del individuo (Maier, 1965).

A través de los años, numerosos científicos han estudiado el desarrollo del individuo desde diferentes marcos teóricos de la referencia como el psicoanalítico, cognoscitivo, comportamental, psicobiológico, sociológico y antropológico, entre otros. Llegando a la conclusión, algunos de ellos, que el desarrollo se cumple en una secuencia gradual de etapas mediante las cuales algunos procesos psicológicos se desarrollan en combinación con factores biológicos y su interrelación con el ambiente. Esta secuencia se da en un tiempo determinado con una intensidad de duración, velocidad y ritmo que cambia de un individuo a otro, presentándose en algunos casos regresiones y detenciones que impiden el proceso de progresión normal.

Así, el desarrollo psicoafectivo del niño se entiende desde el concepto de “etapa”, momento en que éste debe transitar sobre un proceso biológico que no se detiene y bajo lo que constituye como el vínculo entre el niño y sus cuidadores:

La literatura psicoanalítica define etapa ‘oral’, ‘anal’, ‘fálica’, explicando cómo, en cada una de estas fases, se van integrando los impulsos biológicos, la dirección de lo que se ama y se odia, y la relación que guardan los contenidos conscientes e inconscientes con las realidades de la vida diaria, en el terreno afectivo y cognoscitivo y en la definición de los objetos o personas cercanas, tanto las reales como en la forma como se adquieren dentro de la psique del niño (Dallal Eduardo, 2001).

Así mismo, en las propuestas teorías psicodinámicas se reconoce que en cada período del desarrollo se dan momentos críticos o sensitivos que conllevan a la formación de nuevas estructuras o al reforzamiento de las existentes, nos muestra que cuando no son resueltos favorablemente generan estados de regresión y de fijación que pueden dar como resultado la organización de estructuras psicopatológicas que son llamados por este autor como sentimientos de inadecuación. Bajo esta misma línea, a estos momentos críticos Anna Freud los llama “conflictos del desarrollo”, además reconoce que existen influencias externas que ocasionan la presencia de la misma sintomatología, designados como “interferencias en el desarrollo”.

No obstante, el niño en proceso de desarrollo tiene oportunidades, pocas veces reconocidas, de avanzar sobre la etapa, ocasión influenciada por factores biológicos y psicosociales que, manejados adecuadamente, pueden ser compensativos de sus faltantes (Russo Galindo, 2006).

El estudio de este proceso del desarrollo, desde la teoría psicoanalítica, comenzó con Sigmund Freud y se consolidó con autores como Melanie Klein, Anna Freud, Erick Erikson, Donald Winnicott, Margareth Mahler y Jhon Bowlby, entre otros, quienes contribuyeron a la comprensión del desarrollo normal y patológico, dando lugar al surgimiento de conceptos tan importantes como los de la teoría instintiva, el desarrollo psicosexual, la teoría estructural, la teoría del apego, las relaciones objetales, el desarrollo psicosocial, la utilización de defensas, las interferencias en el desarrollo, la consolidación de la identidad, a través de los cuales podemos entender que el desarrollo psicoafectivo comprende la conjunción de pulsiones, emociones, y reacciones psicológicas influenciadas por factores biológicos y ambientales que se originan, se interrelacionan e integran con las otras áreas del desarrollo como la física, cognitiva y social para el desarrollo y funcionamiento de la personalidad (Russo, 1998).

La propuesta psicodinámica, en relación con el desarrollo, parte de un principio de constante retroalimentación de discursos y disciplinas. Es así como los razonamientos freudianos y de otros autores dinámicos se encuentran en abierta comunicación con disciplinas como la pedagogía, la psicología evolutiva y la psicología social, entre otras, que se han retroalimentado entre ellas, gracias a ello. Se ha permitido reconocer en el infante a un sujeto que estructura su psiquismo a partir de la relación con los padres y el ambiente. Con el avance freudiano se enfatiza en la importancia de los cuidados en la primera infancia, la relevancia del lugar del vínculo del hijo con los padres y de como este influye en el desarrollo de futuras relaciones en la adolescencia y vida adulta.

Basado en los aportes que realiza Sigmund Freud sobre los momentos evolutivos del niño y reconociendo la importancia de la relación con los padres y el ambiente, Erick Erikson se convierte en uno de los más importantes autores de las teorías evolutivas del niño. Su propuesta, como la de otros autores que siguen esta línea, señala como se debe realizar una mirada a los aspectos psicológicos internos pero siempre articulados a la realidad psicosocial del niño. *Erikson propone una teoría Psicosocial que describe el impacto que tienen los fenómenos sociales durante la vida.*

La teoría Erikson avanza sobre el ciclo vital a partir de etapas en las cuales el sujeto debe desarrollar los diversos dominios, lo que le permitirá crear una identidad del yo. Para superar las diferentes crisis que se desarrollan durante la infancia, el niño se apoya en sus padres o sustitutos, en los maestros y pares ya sean hermanos o compañeros de escuela.

Esta visión del desarrollo, propuesta por las teorías psicodinámicas, entiende al ser humano como integral en tanto posee una carta genética-hereditaria y un aparato psíquico que aunque dividido entre un consciente y un inconsciente solo se estructura a partir de la relación con la madre, el padre y el entorno próximo del niño.

Es por esto que el presente recorrido del desarrollo psicoafectivo del niño comienza con lo más básico del recién nacido, su carga genética.

De acuerdo con Dallas (2001), al principio el bebé funciona con una base Instinto-Genética, que al integrarse con el ambiente se dan las facilidades para que el desarrollo progrese. De la conjunción gradual de las fuerzas genéticas y del ambiente se da la satisfacción del infante, lo cual permite la consolidación y formación de estructuras complejas, que tienden a seguir una secuencia y un tiempo, durante los cuales se dan

movimientos regresivos y progresivos producto de los conflictos y las interferencias en el desarrollo, observándose como la organización, estructuración y satisfacción dependen de sí mismo, de la relación vincular con el ambiente psicoemocional inmediato y del medio social y cultural en el que se desarrolla.

Bajo este contexto, la madre, el padre y el ambiente juegan un papel importante, debido a que son ellos los que alimentarán y generarán bienestar al bebe. El tipo de interacción que constituya este vínculo es herramienta esencial para favorecer un desarrollo adecuado al sujeto que se afianzará a partir de las primeras experiencias de esta relación.

2. LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS DE LAS RELACIONES OBJETALES

El nacimiento, la relación objetal y la constitución incipiente del psiquismo

Los sentimientos de seguridad y confianza son metas a cumplir en los dos primeros años de vida. Aun antes del nacimiento, el infante ya ha establecido cierta relación somatofísica con la madre a través del compartir la química y los ritmos de su cuerpo, además de experimentar, en cierta forma, la influencia que diversos estímulos ambientales tiene sobre la madre (Hedges, 1994). Algunos autores han identificado dos procesos principales en esta etapa que preparan el terreno para el desarrollo psicológico. Uno de ellos serían los patrones reflejados o automatismos primarios que han sido determinados filogenéticamente y que se reestructuran, desaparecen u organizan durante el primer año de vida, y las respuestas en la madre que estimulan la actividad fetal, proceso denominado reciprocidad. Bowlby (1969) combinó estos dos procesos de interacción para describir su "sistema de apego" entendido como una modalidad preprogramada biológicamente, que facilita el contacto físico del niño con las figuras de protección y cuidado después del nacimiento. Si bien es cierto que las pautas del desarrollo están dadas genéticamente en función de tipos tiempo y secuencia de aparición de estructuras mentales, para que estas puedan ocurrir se hace necesaria la relación con un objeto que en principio preferiblemente es la madre o sustituto que cumpla con la denominada "función madre", en su resonancia con el padre y el ambiente (Winnicott, 1960).

Después del parto, el infante pasa de una vida de protección y regularidad física a experimentar sus primeros contactos con estímulos del mundo exterior. Y de su capacidad para desarrollar mecanismos para captar y procesar la información correctamente dependerá su adaptación (Russo de Sánchez, 1998). El niño trae consigo algunas conductas para lograr su satisfacción como succionar, llorar, agitarse, orinar, bostezar, entre otros, pero para satisfacer la necesidad primaria de alimentación y motivacional de afecto-dependencia, el infante necesita de otra persona que es la madre, padre o figura sustituta. Es así como la alimentación se convierte en la actividad más importante física y psicológicamente porque garantiza la autopreservación, y a través de este proceso el infante no solo disipa la tensión fisiológica sino que establece la primera relación placentera con su entorno (Lasky, 1993). La boca y sus funciones es fuente de satisfacción en esta primera etapa donde la estimulación bucal se convierte en estímulo placentero y agradable que permite el conocimiento en sí mismo del placer, la satisfacción o no de necesidades, la orientación hacia los demás y el reconocimiento de la madre, padre o sustituto como figura de satisfacción y seguridad o de inseguridad y desconfianza, permitiendo, junto con la mirada y la sonrisa, el paso a la relación con el objeto.

A partir del sentimiento de placer cuando se presenta la succión que el niño reconoce sus sentidos. Cuando la madre lo carga, lo abraza, le habla y lo mira, él a través del otro, reconoce su propio cuerpo y sensaciones. El proceso de alimentación está compuesto por una serie de experiencias de gratificación y frustración, que llevan a el infante a formarse una imagen de lo que la satisfacción o la sensación displacentera y de las condiciones bajo las cuales se experimenta, lo cual, según Freud, lleva a la formación y diferenciación del objeto (Greenberg y Mitchell, 1983).

Esta fase del desarrollo fue denominada por Freud (1905) etapa oral, dado que las necesidades, percepciones y modos de expresión del niño se centra en la boca, los labios, la lengua y otros órganos relacionados con la zona oral. A través de esta etapa el infante debe establecer una confiada dependencia de la madre, el padre u objeto sustituto, así como una expresión cómoda y gratificante de las necesidades libidinales orales sin excesivos conflictos o ambivalencias. Freedman, Kaplan y Sadock (1982) hablan de la triada oral que consiste en el deseo de comer, de dormir y de alcanzar la relajación después de la succión en inmediatamente antes del sueño.

La importancia que recalca las teorías psicodinámicas, en relación con este momento de la vida del ser humano, es que mediante el vínculo que establece el niño con su primer objeto de amor (la madre) este pasará de generar respuestas instintivas biológicas a iniciar una construcción propia de la forma como se relaciona y percibe el entorno. Esta elaboración se encuentra íntimamente ligada al establecimiento de las bases de un aparato psíquico que en este momento oral iniciará un proceso de diferenciación entre lo consciente e inconsciente. Esto se logra a partir del vínculo con la madre y el desplazamiento al padre y figuras sustitutas.

Desde el nacimiento, el ser humano busca obtener gratificación, es así como a edad temprana el bebé encuentra el placer generado a través de la relación con la madre: por la calma al hambre que suministra el alimento materno, acompañado de la seguridad del calor de un cuerpo humano, de la protección y encuentro con el otro que proporciona la mirada y el escuchar las palabras de los padres.

Además, por sensaciones de placer generadas por la homeostasis, alcanzada en su sistema biológico como el bienestar que produce el sueño frente al agotamiento, la experiencia de satisfacción que genera el paulatino reconocimiento del propio cuerpo, muestra el placer que genera el propio cuerpo y el deleite por medio de la succión.

Esta búsqueda de la satisfacción se conoce como el principio del placer, el cual comanda las primeras experiencias del niño con la madre y con el medio y señala como desde el primer momento hay satisfacciones en la relación con el medio externo y otras generadas por descargas internas.

En los primeros momentos del desarrollo, esta búsqueda del placer le permite al niño alcanzar un importante avance, el reconocimiento del límite de su cuerpo frente a los elementos del medio.

Estas experiencias tanto de satisfacción como de insatisfacción generan huellas en el aparato psíquico. Las que le representan significación no desaparecen sino que se almacenan en el psiquismo. A estas conclusiones han llegado psicólogos de enfoques cognitivos como autores psicodinámicos. La diferencia radica en que para los seguidores

de Freud estas experiencias se almacenan porque vienen asociadas a una vivencia que implica lo sexual.

La forma como se almacenan las huellas en el psiquismo responde a las leyes propias del inconsciente: temporalidad, ausencia de la contradicción y construcciones ilógicas para el consciente. Con la atemporalidad se resalta cómo los contenidos almacenados no se organizan en el tiempo cronológico en el que ocurrieron, esto lleva a que algo que sucedió en la infancia puede ser tan actual para un adulto como lo fue en el tiempo pretérito. La ausencia de contradicción señala que los contenidos inconscientes no se excluyen, es así como se puede amar y odiar a un mismo objeto.

El tipo de relación que se establezca entre la madre y el hijo durante la etapa oral ha sido ampliamente estudiada, entre otros, por autores como Melanie Klein, Fairbairn, Winnicott y Bowlby quienes enfatizan en la importancia del establecimiento de un vínculo que se conoce como relaciones objetales.

El niño tomará a la madre como su objeto de gratificación debido al calor y alimento que ésta le proporciona. Esta experiencia marcará un piso psicológico que constituirá los cimientos de lo que Erikson denomina identidad del yo.

El bebé almacenará en su inconsciente las primeras experiencias de satisfacción, estas generan huellas inconscientes que son representaciones del placer obtenido. Como el niño se guía por el principio del placer buscará encontrar nuevamente la satisfacción obtenida, así se dirigirá a la madre representada por el seno para obtener la satisfacción buscada. Obviamente, este camino culminará en la frustración porque la madre no siempre estará ahí y la situación no se presentará tal como lo generó la huella. Así, a medida que va creciendo, el niño encontrará que hay una distancia entre el principio del placer que lo comanda y la realidad.

Uno de los propósitos más importantes de este primer vínculo madre-hijo es que este le proporcionará al niño el molde a partir del cual se dirigirá a los objetos externos en un futuro. El niño se relacionará con su medio según a como se jugaron estas experiencias tanto de satisfacción como de frustración, en lo que se conoce como la historia de relaciones objetales.

La forma como estas huellas se establecen en el psiquismo responde tanto a la percepción del bebé frente a la frustración en la relación con el medio y de acuerdo con lo que este le ha ofrecido. Así, el niño que vivencia una madre que ofrece seguridad y atenciones contará, durante la infancia y el resto de los momentos del desarrollo, con un cúmulo de experiencias que le permitirán establecer vínculos con otras personas.

Por el contrario, un niño que en su primera relación con la madre o sustitutos de esta ha vivenciado la prevalencia de la frustración y el abandono, tenderá a ser más esquivo en la manifestación de sus efectos y a la vez sentirá el temor de un mundo amenazante y frustrante.

La frustración que difunde el no encuentro con el placer se puede articular en dos sentidos, uno interno señalado por Freud que genera marcas inconscientes y del cual todo sujeto no puede escapar en tanto en algún momento el objeto no reúne las expectativas de satisfacción y otro externo señalado por Winnicott que remite a cuando desde lo externo el objeto no hace presencia real.

Aunque la boca se considera la zona del cuerpo por medio de la cual el niño se relaciona con el medio en este momento evolutivo, él también cuenta con otro recurso para establecer contacto con los objetos externos: la mirada. Método importante para reconocer paulatinamente a su cuerpo y diferenciarlo del cuerpo del otro. Mientras el bebé observa a la madre encuentra en ella un objeto perceptible.

En la medida en que el niño reconoce su cuerpo genera la posibilidad de dar los primeros pasos en la apropiación del lenguaje y la coordinación motora. Este accionar está dirigido, en una primera medida, a la madre. Ella, en el momento oral, ha generado todo un soporte para el desarrollo de su hijo que Winnicott llama *holding*.

Holding significa sostenimiento, haciendo referencia a cómo una de las funciones básicas de los padres es sostener o soportar al infante por medio de los cuidados y manifestaciones afectivas.

Para Winnicott (1960), el bebé y el cuidado materno forman conjuntamente una unidad donde las vivencias corporales y emocionales lo llevan a experimentar una continuidad entre él y su madre. En esta etapa de sostenimiento, el infante precisa ciertas condiciones ambientales que satisfagan sus necesidades de crecimiento y desarrollo psicológico, el autor señala que en este momento la relación del niño con su cuidador es parcial ya que esta es percibida únicamente como vehículo para la gratificación a través de la alimentación. Una vez el pequeño está satisfecho vuelve a enfocar su energía en sí mismo. En estos primeros meses de vida, el acoplamiento entre las necesidades del niño y una buena respuesta por parte de la madre facilitan el desarrollo de la omnipotencia infantil.

Al ser el vínculo con la madre una relación socioemocional recíproca, que se fomenta y fortalece por la succión, la mirada mutua, la sonrisa, el contacto físico, el asirse, el llanto, la pacificación social, Bowlby (1980) denomina a este conjunto de interacciones entre los padres y el neonato, "sistema de cuidado" el cual se constituye en un factor protector o de riesgo para la estructuración de los procesos de seguridad y confianza y que son la meta del desarrollo psicoafectivo en este momento.

El cuidado consistente y confiable de la madre y el padre permite que el niño adquiera un sentido de la realidad estructurado y predecible, lo cual se refleja en la capacidad del infante para tolerar demoras impuestas por el exterior. Esto se transforma en capacidad de demora interna al establecer estructuras psicológicas que permitan posponer la descarga y desarrollo de la capacidad de anticipación, planeación y transformación. Las experiencias de cuidado de la relación madre-hijo y la calidad de la interacción resultan de la construcción de estructuras cognitivas y afectivas que, a su vez, forman y dirigen la naturaleza de las experiencias interpersonales posteriores (Blatt & Lerner, 1983). En este sentido, la representación del objeto es el esquema mental consciente e inconsciente que incluye componentes cognitivos, afectivos y experienciales de los encuentros interpersonales significativos. Las formas tempranas de representaciones están basadas en secuencias de acciones asociadas con la gratificación de necesidades, las formas intermedias en características perceptivas y funcionales específicas y las formas más avanzadas son más simbólicas y conceptuales (Blatt, 1974). Se puede apreciar que este planteamiento, en términos de relaciones objetales, corresponde a la fase sensoriomotriz de la teoría de Piaget.

Erikson plantea que la relación permanente y confiable niño-madre constituye la base de una futura identificación por ambas partes que, si es sana, permite la regulación mutua de la frustración de tal manera que se adquiera el sentido básico de confianza. La desconfianza aparece solo cuando no se resuelve oportunamente. Cuando el niño percibe las inseguridades de sus padres, su cuidado es insuficiente y existe hostilidad hacia el (Maier, 1965).

A su vez, Winnicott (1960) afirma que con las experiencias de un buen cuidado materno el infante establece un sentido de integridad, una convicción acerca de la bondad de la realidad y una creencia fundamental de que el mundo es un lugar seguro. Esto constituye la base de un “yo verdadero”, donde la confianza en la madre permite al niño abandonar su egocentrismo adaptativo. Por otra parte, la frustración repetida y excesiva a manos de una madre que no es “suficientemente buena” invade la omnipotencia del infante, creando una negativa de conformidad que posteriormente se organiza en un “yo falso”. Cuando esto sucede la consecuencia es un autosostenimiento precoz acompañado de defensas agresivas frente a un mundo valorado como altamente frustrante y amenazante.

Otro aporte valorado por Winnicott sobre este momento de la vida del bebé, es la creación del espacio transicional. Este señala cómo el infante puede desarrollar especial afecto e interés por algún objeto como un trapo, juguete o almohada, entre otros. Este objeto se convierte en el primer punto de atención del infante por fuera de la madre y marca la entrada al reconocimiento y valoración del entorno.

La combinación del plano afectivo y cognitivo que se vislumbra a través de la conducta de interjuego que el bebé desarrolla con sus proveedores inmediatos, comienza a acompañarse con la sonrisa. Esta es vista como una reacción que generalmente el niño dirige primeramente a su madre y luego a cualquier rostro humano, por lo que en primera instancia no implica necesariamente un saludo social, pero sí una muestra de su elemental capacidad de comprensión y, muy especialmente, de su posibilidad para asimilar un esquema preexistente, de su posibilidad para asimilar un esquema preexistente del rostro de la madre. Progresivamente, se suele ver la sonrisa mas frecuente ante los padres o familiares, dejando aflorar el progreso cognitivo del niño al instaurar un esquema mucho mas especializado y complejo que el preexistente.

Piaget (1961) anota que, en este periodo, el niño formula esquemas que organizan la información obtenida a través de los sentidos, y que desarrolla reacciones ante los estímulos del medio ambiente. Su comportamiento en la primera infancia es adaptable, por cuanto está en una constante modificación de esquemas en respuesta al medio ambiente. A partir de estos esquemas sensoriomotores se desarrollan los conceptuales que le permiten al niño coordinar e integrar información de los cinco sentidos para comprender que los datos obtenidos a partir de estos se relacionan con el mismo objeto y no con otros diferentes. A su vez, este proceso le permite desarrollar el esquema del objeto permanente lo cual representa la adquisición más importante de este periodo y constituye la base de las habilidades cognitivas posteriores.

Esta permanencia del objeto determina la aparición de un nuevo fenómeno en la vida emocional del niño, ya que la capacidad de diferenciación perceptiva se encuentra bien desarrollada, pues logra distinguir claramente entre el amigo y el extraño. Por tanto, esta diferenciación permite que se establezca el fenómeno de angustia ante los extraños y de miedo a la separación.

Mussen, Conger y Kagan (1972) plantean que este tipo de angustia de separación no puede ser experimentado por neonatos puesto que la capacidad que tiene el niño para darse cuenta de que se encuentra en una situación desacostumbrada, requiere de un determinado nivel de madurez cognitiva. La respuesta común en los infantiles que atraviesan esta etapa consiste en una negativa a establecer contacto con los extraños, volverles la espalda, mostrando un matiz de angustia. El grado de esta última variará según las características individuales de cada niño. Algunos autores como Spitz (1970) y Zulliger (1968) consideran este fenómeno como la primera aparición del miedo en su sentido propio y lo sustentan en el hecho de que el no reconoce a su madre en el extraño, por tanto, teme haberla perdido y así al objeto de su vida.

Así mismo, el miedo a la separación lo experimenta el niño cuando esta carente de ternura y de contacto corporal cercano. La relación diádica madre-hijo, tiene una profunda influencia recíproca, por tanto, los sentimientos que experimenta a madre serán transmitidos al infante. Si estos son de inseguridad o de angustia pueden producir una sensación de miedo a la separación. Las madres temerosas y dependientes desarrollan un alto grado de miedo en el bebé y, por lo mismo, una necesidad mayor de ternura y contacto. Esto lo lleva a aferrarse aun más a su madre, pero nuevamente se decepciona al experimentar los sentimientos de ella. Este círculo que encierra la diada madre-hijo genera en el niño una incapacidad para desarrollar su confianza y lo lleva a crear una dependencia de su objeto. Cuando el infante ha tenido la oportunidad de mantener un contacto cercano, con una madre tranquila y segura de si misma, será capaz de asimilar cierto grado de miedo a la separación y reaccionar de manera adaptativa a situaciones imprevistas, en las que se vea confortado y no interpretar esta separación como un rechazo emocional hacia él.

Igualmente, el juego cumple un papel importante en el trámite de la ansiedad que genera la separación momentánea de la madre. En el juego, el niño puede recrear las situaciones de pérdida y recuperación, es así como reconstruye en el juego de las escondidas (al esconderse de la mirada de la madre o pedirle a esta que lo haga) y luego la alegría que le produce el recuperar su presencia cuando encuentra su rostro.

A medida que el niño crece con un desarrollo "estable", soporta adecuadamente periodos de separación de la madre, dejando esta de ser la fuente de su angustia. Por tanto, el peso emocional se desvía hacia otros tipos de miedo. Sears explica que aun cuando la madre no puede estar con el niño, él procura recuperar lo que ha perdido a causa de su ausencia, repitiendo ciertas secuencias de actos como si la madre estuviese presente, con el objeto de reconquistar las satisfacciones que había asociado a estas experiencias (Maier, 1965). En este sentido, sus propias actividades gratifican sus necesidades y reducen su frustración en relación con el alejamiento temprano de aquella. Al mismo tiempo conlleva a la imitación eficaz de la conducta, primero en ausencia de la madre y después en su presencia.

Este proceso vivenciado por el niño se encuentra respaldado por un fenómeno de tipo social-cognoscitivo, ya que logra un reconocimiento de si mismo como un ser diferenciado del medio ambiente, concibiéndose como un miembro más del contexto externo. Freud (1914) señala la presencia de esta experiencia crucial como un punto de diferenciación entre el yo y en no yo, el cual muestra como el bebé, en cierto momento, logra distinguir su esquema corporal como diferente del cuerpo de la madre y de los objetos externos, llama entonces yo a la que le es propio al sujeto y no yo a los objetos externos.

De simplemente motor en un principio, el esquema se ha transformado en representativo y operativo. Ahora su nivel de actividad es mayor así como su autonomía, lo que refuerza su tendencia egocéntrica. Su interacción en una matriz social cada vez mas amplia puede facilitar u obstaculizar la conciliación de puntos de vista diferentes a los propios, pero ello implica una aceptación y entendimiento de su tendencia egocéntrica que en este momento se refleja en las características de su juego en el que toda su actividad esta centrada en su propio cuerpo, con predominio de la incorporación y la retención.

La resolución adecuada de la fase oral habilita al niño para dar y recibir de los demás sin una dependencia excesiva o envidia, de la misma forma que lo capacita para relacionarse con los demás con confianza y sentido de confianza en si mismo (Freedman, Kaplan & Sadock, 1982).

La movilidad corporal abre el mundo al infante, ya no solo será la madre punto de interés del niño, el padre se anuncia algo mas que una resonancia de los encuentros con la madre, ahora el padre y otros familiares entran en el umbral de las relaciones del niño con el mundo exterior.

Aunque el infante ya cuenta con la capacidad de abrir campo a su movilidad, en un principio lo hará en una forma incipiente. En este momento, para el niño las experiencias del mundo externo le son novedosas y en ocasiones desconcertantes, es por esto que aunque el pequeño ha superado la dependencia física absoluta con la madre y el padre, propia del momento oral, aun necesita y necesitará de esto como un punto de orientación y seguridad frente a un mundo desconocido.

A su vez, todas estas ganancias generan exigencias, las primeras demandas de la madre y el padre hacia el niño advienen cuando éste ya cuenta con la capacidad de empezar a responder por si mismo. Gracias a la independencia que le genera caminar, las primeras observaciones con referencia a los parámetros para la conducta social se internalizan en la familia. Muestra de esto es cómo los primeros cortes a la satisfacción se han generado con el destete. En este momento, el niño interioriza el hecho de que se debe desprender del seo materno en tanto encontrará los primeros sustitutos de esta relación: aparece un chupo especial, una manta, un muñeco que son objetos en los que el bebé encuentra la seguridad y el calor que en una primera medida encontraba en la madre nombrados por Winnicott como objetos transicionales.

Sigmund Freud señala al final de su obra que uno de los requisitos para que el hombre entre a formar parte de la cultura es restringir o postergar las descargas de su mundo pulsional. Es así como en este instante se consolida un proceso que inició en el momento oral: el paso de principio del placer en que solo se buscaba la satisfacción, al principio de la realidad en el que por interiorización, al principio de la realidad en el que por la interiorización de las normas sociales básicas investidas en las figuras parentales, el niño se humaniza.

Como conclusión de este primer momento, se ha descrito cómo el bebé en un principio era un manojito de respuestas instintivas biológicas que se fueron transformando con el tiempo en formas primitivas de relación objetal; la primera de estas relaciones es con la madre en lo que Winnicott llama la diada madre-hijo. Esta relación estaba regida en un comienzo por el principio del placer como se encuentra en la obra de Freud. Una adecuada relación objetal fomentará que el niño encuentre en la madre un catalizador

frente al medio externo y el objeto tanto de placer como generador de experiencias en su cuerpo que conducen al desarrollo bio-psico-social de este.

El bebé ha pasado de un estado indefensión en el que no podía velarse por si mismo a uno de mayor autonomía, retomando la frase de Winnicott “no hay tal cosa como un bebe” queriendo decir que si hay un bebé es porque al lado se encuentran unos padres apoyando su proceso de crecimiento.

Este vínculo niño-padres permitirá fortalecer en él la adecuación yoica señalada por Erick Erikson en su teoría. Este le permitirá acercarse mas a la realidad con sus exigencias de postergación de la satisfacción a su vez generará huellas psíquicas que serán el marco de sus contenidos inconscientes.

3. DEL OBJETO DE SATISFACCION AL OBJETO DE AMOR

La apropiación del esquema corporal

Durante el segundo año de vida se presentan en el infante cambios significativos: desde los aspectos biológicos se generan avances en relación el control muscular al lograr un mejor desarrollo de la motricidad gruesa y la motricidad fina. El niño se convierte en un explotador de su entorno y para esto debe contar con una adecuación yoica que le genere seguridad. Erick Erikson señala como el omento crítico se organiza entre la autonomía frente a la vergüenza y la duda, queriendo decir con esto que el infante debe ganar en el tiempo confianza sobre el control de si mismo frente a los temores que le generan este momento exploratorio. En este sentido hay un encuentro entre la propuesta de Erikson y la de Freud, en tanto este último señalará esta etapa como “anal”, donde el niño adquiere control de las necesidades corporales lo que le permite el autocontrol de su propio cuerpo.

Es así como el desarrollo psicoafectivo, entendido desde la continua interacción entre o biológico, lo intrapsíquico y lo ambiental, plantea la resolución de la primera etapa psicosexual que ha sido definida como “oral” y propicia la aparición de la “anal”.

Para la ganancia sobre el control del cuerpo y sus impulsos los padres ejercerán un papel importante en tanto son ellos quienes regulan los tiempos y espacios necesarios para el control de los esfínteres. Esta actividad educativa, por medio de los padres, genera en el niño frustración y molestia que como lo señala Winnicott se puede convertir en agresión a los padres como un momento propio de esta edad.

Como se ha descrito, el final del momento oral se encuentra demarcado por la ganancia, por parte del niño, de la capacidad de control de su cuerpo. Al menos en este momento logra avanzar en la consecución de la motricidad gruesa que lo llevará desde el gateo hasta caminar al principio un tanto débil. Este apropiamiento de esquema corporal le permite reconocer su cuerpo y su funcionamiento. El niño se logra hacer a la posibilidad de controlar paulatinamente las funciones corporales como el sueño, el hambre y el mecanismo de expulsión de orina y heces fecales.

Los procesos de maduración que permite el control de esfínteres y una mayor capacidad en el manejo de la motricidad fina y gruesa, son elementos que afianzan en el niño un mayor sentido de independencia, esto a su vez generará, por parte del medio externo, las primeras exigencias al control de los instintos.

En acto del control de los esfínteres y de otras manifestaciones motoras y afectivas, la capacidad que tiene el niño de iniciar su proceso de responder a las expectativas culturales, que implican las primeras represiones de las pulsiones o instintos, es un tema que marcará el desarrollo de esta etapa anal, como lo plantea Freud; a un avance en la ganancia del control y la autonomía, según Erikson, y nuevos componentes en el vínculo como la agresión, como lo propone Winnicott.

El control de esfínteres:

Repercusiones en el vínculo entre el niño y los padres

El nombre de fase anal es formulado por Sigmund Freud al advertir cómo la capacidad que tiene el niño de controlar los esfínteres se convierte en un tema de interés para los padres. Para el niño, quien tramita sus diferentes momentos en el desarrollo psicoafectivo, guiado por sus formas de relación objetal, manifestará a su vez un particular vínculo con las heces fecales.

Freud plantea, a partir de su estudio de comportamiento infantil, que el niño convierte las heces en un objeto que tiene un valor psíquico importante, en este momento del desarrollo, a partir del control de esfínteres y del lugar psíquico que les da a las heces, se manifestará su capacidad de apropiación del esquema corporal y del sentido de reciprocidad. Gracias a que el niño ha logrado un reconocimiento de su esquema corporal encuentra cómo las heces fecales salen de su cuerpo. Este evento genera en él una serie de emociones por momentos encontradas. Por un lado, el temor que genera perder una parte de su cuerpo y, por otro, las heces fecales se pueden convertir en un objeto de regalo a las figuras parentales convirtiéndose así en una de las primeras maneras de establecer la reciprocidad en el vínculo. La manera como el niño se relacione con las heces fecales, ya sea desde la angustia o la posibilidad de entrega al otro del vínculo, dependerá en gran parte de cómo los padres propicien la confianza y seguridad. En este proceso, no solo se le exige controlar sus esfínteres sino toda una serie de impulsos que no son culturalmente aceptados. Este primer encuentro del niño con las normatividades sociales genera un choque entre el principio del placer y el incipiente principio de realidad. Por momentos, le tomará trabajo el apropiarse de normas que conllevan el control del instinto. Es el tiempo de las pataletas y los llantos que colocan sobre el tapete de la capacidad de los padres de sostener emocionalmente al niño (Holding) para que él perciba que aunque es reprendido por su conducta puede mantener el vínculo con sus padres.

Cuando se presentan dificultades en este momento del desarrollo el niño puede manifestar importantes temores en la relación con su esquema corporal que son expresados en la enuresis y encompresis. Además, se puede presentar dificultad en sentido de reciprocidad a sus relaciones objetales en tanto compartir lo que le es propio.

Un bebé que presenta un estancamiento en este momento evolutivo manifestará baja tolerancia a la frustración haciendo pataletas cuando no consigue alguno de sus propósitos. Es un niño con problemas en establecer un sentido de reciprocidad con el otro a compartir lo que es propio.

La terquedad se puede convertir en otra forma de manifestación de conflictos no superados en esta etapa, al demostrar una dificultad en aceptar la realidad y frustraciones del medio. El niño que mantiene una posición de terquedad y no aceptación de la

satisfacción mediatizada de los deseos, puede generar manifestaciones de ambivalencia frente a sus padres o sustitutos.

Del objeto de satisfacción al objeto de amor

Ya en este momento se menciona claramente en la literatura el término “padres” debido a que por el afianzamiento tanto motor como perceptual en niño tiene la capacidad de integrar al padre a su umbral de relaciones objetales. Ahora, el padre aparece con su palabra y actos y genera una nueva forma de vínculo que, en compañía de la madre, le permitirá al niño contar con apoyo en su exploración del mundo y el reconocimiento de su normatividad.

A partir de esta etapa en la vida del ser humano se reconocerá que el objeto de amor mantiene sus intereses en el vínculo; este principio de reciprocidad intrapsíquico generará los cimientos para la constitución del “ideal del yo”. Con el término ideal del yo, Freud se refiere al conjunto de expectativas que el niño considera que el medio externo tiene sobre él. Estas posibilidades serán puntos de exigencia para el niño, quien entrará así en la dinámica humana en la que reconoce que los objetos de amor (en este caso los padres) tienen expectativas sobre él y que debe cumplir para ser amado por ellos. Estos contenidos no son estáticos y se transformarán e integrarán con nuevos elementos en la medida que fortalezcan y diversifiquen los tipos de relación objetal durante la vida.

El sentido de reciprocidad que se genera en la etapa inicial remite a otras apreciaciones que tienen que ver con los valores cualitativos del vínculo. Mientras en el momento oral se definirá a la madre como objeto de satisfacción ya en el anal se explicita a ella, como al padre, como objetos de amor. La reciprocidad ha alejado al niño de ese narcisismo primario, propio del momento oral, para que ahora el reconocimiento de la madre y el padre, como personas con sus propias expectativas, generen sobre él la necesidad de responder a sus ordenes como una forma de mantener y fortalecer el vínculo, dando paso al amor al otro.

Otro evento que demarca un importante hito en el desarrollo infantil del niño es la entrada al jardín escolar. Esta le permite el encuentro con sus pares, es decir, niños de su misma edad. Este lugar se convierte en el primer espacio por fuera de sus padres; tiempo de una separación importante ya que requiere que este se descubra como ser autónomo. El jardín es un nuevo reto para el desarrollo psicoafectivo del niño. En este momento la capacidad que tiene para enfrentar al mundo por fuera de sus padres, se pone en juego. Si desde sus primeras relaciones de objeto el infante ha establecido formas de vínculo en el que la seguridad y la confianza han prevalecido, entenderá que la ausencia de sus padres en el tiempo que él está en el jardín, es momentáneo y que en algún momento los padres volverán por él, mientras se puede explorar el entorno y establecer nuevos vínculos con compañeros y profesores. Cuando las primeras relaciones de objeto no han generado la suficiente confianza y seguridad en sí mismo, en los padres y el medio, esto hará síntoma en el jardín y la escuela hasta llegar al trastorno por ansiedad de separación. Vale la pena anotar que independientemente de las características de los objetos de amor, en el niño se presentará ansiedad ante la entrada a las aulas no solo por lo nuevo de la experiencia sino porque es un momento que pone en juego sus ganancias cuando la autonomía y en control alejado de la mirada de sus padres.

Este instante, también llamado edad preescolar, es un puente que se ha generado en la cultura entre el vínculo único de los padres y cuidadores en los primeros meses de vida y

la entrada a las relaciones afectivas con integrantes del medio extrafamiliar. *El tránsito por la edad preescolar consiste en el paso de la individualización completa a la capacidad real de socialización* (Freud).

En la figura del maestro en niño desplazará las formas de relación que ha establecido con los padres, así depositan en él exigencias de afecto y atención lo mismo que la agresión generada por la frustración. El niño ha transferido en el profesor las características de su relación primaria con los padres (Freud).

Autonomía y disciplina

El carácter positivo de las vivencias del niño no está determinado exclusivamente por la posibilidad de complacencia que le brindan sus padres. Progresivamente, y como resultado de los logros motrices, del lenguaje y de cognición del niño, surge la necesidad de implementar un control externo que, si se conservan las cualidades firmemente tranquilizadores, proporcionan al pequeño en formación la oportunidad de descubrir su propio sentido de ser. Su necesidad de dependencia en este momento no es totalizada, gracias a que el niño descubre que posee facultades evolutivas producto de su relación con un medio ambiente que al mismo tiempo lo estimula hacia el desarrollo de sus capacidades y lo protege de la usencia de autocontrol. Esta relación lo provee de los elementos requeridos para el desarrollo de un sentido de autonomía relativo, cada vez más cercano al logro de su independencia (Erikson, en Maier, 1965). Además, la asimilación de este control externo está determinada por la inteligencia, que de ser simplemente sensoriomotriz o practica, se transforma a partir de ahora en pensamiento propiamente dicho, bajo la doble influencia del lenguaje y la socialización (Piaget, 1961).

La temática de la adquisición de la autonomía es un punto importante para la teoría de Erikson quien indica que entre los 2 y 3 años de edad es el momento adecuado para tal avance. Además manifiesta que el control de esfínteres señala un importante adelantado para el infante no solo por el hecho de controlar las heces fecales, sino porque es un logro que indica el camino hacia la autonomía. El lograr el autocontrol muestra que ya no se está a merced de los requerimientos del cuerpo y que estos pueden ser postergados. Las heces fecales y el acto de evacuación de estas en tanto la expulsión al exterior de algo de sí mismo puede tomar diversos significados que van desde la docilidad a la negatividad frente a sí mismo y los otros (padres).

En este tiempo se ha señalado cómo desempeña in papel importante la asimilación de normas y valores impuestos por el adulto. Generalmente, estas limitaciones, propias de la normatividad, son impuestas bajo amenaza de castigo, lo que provoca en el niño miedo a éste y sentimiento de culpabilidad. De este modo, él aprende que únicamente será querido y aceptado si cumple con los deseos de los demás. Existe otro elemento determinante en el origen del miedo y es la intensidad con que se imponen las prohibiciones y que una actitud impositiva y fuerte de parte del adulto, anulará cualquier reacción espontanea y producirá respuestas mecánicas y convencionales en el niño.

A medida que madura el desarrollo y el proceso de pensamiento, el infante capaz de evitar el castigo o privación de este, para lo cual debe adoptar una actitud sumisa y obediente, ajustada a lo que el ambiente espera de él. En este sentido, la autorrealización ya no es posible y supone una lucha consciente con las diferentes situaciones de miedo y de dominio de las mismas. En el fondo, el miedo a la separación y a la sanción que siente

el niño se entrelaza, ya que una amenaza de castigo o su asunción significan la privación del cariño, despertándose así los temores a la separación.

Los métodos de castigo adecuados se originan con el sentido de responsabilidad en el niño frente a sus actos. La sanción consistirá en la negación de algo placentero con el señalamiento de cómo los actos inapropiados generan consecuencias sobre privilegios adquiridos. El castigo debe generar en el niño consigo mismo por el acto realizado más allá de ser una forma de sentirse frustrado por la pena ejercida por el otro (los padres).

Esta conducta se puede traducir en placer, autonomía, autoagresión, o agresión. Expresiones que permiten que el niño sea susceptible al control externo por la relación afectiva con sus padres. Esto se convierte en nuevos retos para el proceso educativo del niño. Cuando los padres son afectivos, razonablemente tolerantes, permitirán a éste la adquisición de la necesaria autonomía y la satisfacción por la nueva destreza adquirida. Por el contrario, cuando los padres son extremadamente estrictos con el control de esfínteres del niño, le genera culpa y vergüenza lo que posiblemente retarde el proceso de madurez (Erikson).

Cuando el proceso toma buen curso, con el tiempo la autonomía le permitirá al niño abandonar la duda y vergüenza que le genera el descontrol de sus impulsos. El avance en este momento es de tal importancia que Erikson lo relaciona directamente con el concepto de voluntad y libre determinación en el humano.

Para que esto presente, es necesario que el niño experimente la posibilidad de elegir, al mismo tiempo que aprender a reconocer algunos límites que favorecen así la sana autodeterminación.

El lenguaje es otro importante logro que le permite al niño control, le facilita simultáneamente el poder reconstruir el pasado y, por tanto, de evocar en su ausencia los objetos hacia los que se han dirigido las conductas anteriores y anticipar las acciones futuras, aun no ejecutadas, hasta sustituirlas a veces únicamente por la palabra del pensamiento. El propio lenguaje vehiculiza conceptos y nociones que pertenecen a todos y refuerzan el pensamiento individual mediante un amplio sistema de pensamiento colectivo. A este último se sumerge el niño cuando puede dominar la palabra.

A esta edad la vida del pequeño parece ser de permanente investigación. Examina su ambiente y las posibilidades de actividad en él. Diariamente descubre nuevos símbolos que utiliza en la comunicación consigo mismo y con otros. Estos símbolos aún tienen en esencia una referencia personal para él, no puede comprender el sistema más general de significado del adulto. Así, aunque el niño y el adulto emplean más o menos el mismo lenguaje, no siempre poseen un marco común para comunicarse, pues el contenido del pensamiento del niño es preconceptual. Sin embargo, el enfoque egocéntrico de esta fase refleja un paso decisivo con respecto a la conducta en la fase anterior. "El interjuego de relaciones prácticas en el mundo real, enseña al niño a desplazar los centros del espacio y sus objetos desde la acción hacia sí mismo y, de ese modo, a situarse en el punto medio de ese mundo que está naciendo" (Piaget, 1937, citado por Maier, 1965, p.127).

El conocimiento que el niño tiene del mundo se limita a lo que percibe de éste; no sabe de alternativas. Observa sus mundos físico y social, según la experiencia previa que ha

tenido de ellos con que se conoce como pensamiento autorreferencial. Esta visión limitada de las cosas lo lleva al supuesto de que todos piensan como él y lo comprenden si que él se deba esforzar por expresar sus pensamientos y sentimientos. Durante esta fase, la asimilación continúa siendo su tarea principal; si no fuera así, no podría incorporar las nuevas experiencias que lo llevarían a una visión más amplia de su mundo.

En este proceso de incorporación también desempeña un papel importante la asimilación de normas y valores impuestos por el adulto. Generalmente, estas limitaciones son ordenadas bajo la amenaza del castigo que provocan en el niño miedo a este y sentimientos de culpabilidad. De este modo, el niño aprende que únicamente será querido y aceptado si cumple los deseos de los demás. Existe otro elemento determinante en el origen del miedo y es la intensidad con que se imponen las prohibiciones, y una actitud impositiva y fuerte por parte del adulto, anulará cualquier reacción espontánea y producirá respuestas mecánicas y convencionales en el niño.

A medida que madura el desarrollo y el proceso de pensamiento, el infante es capaz de evitar el castigo o la privación de este, para lo cual debe adoptar una actitud sumisa y obediente, ajustada a lo que el ambiente espera de él. En este sentido, la autorrealización ya no es posible y supone una lucha consciente de las diferentes situaciones de miedo y el dominio de las mismas. En el fondo, aparece el temor a perder a los padres.

Es por esto que formas de castigo apropiadas incluyen la posibilidad de que el niño reconozca en la sanción una consecuencia de sus actos más que un medio de sometimiento por parte del adulto. Esto se logra si el castigo, además de que señala una postergación del placer (programa de televisión favorito, por ejemplo), implica una reflexión sobre sí mismo para reconocer las consecuencias de los actos.

La ambivalencia característica de esta fase gestará una nueva dimensión en el proceso de desarrollo psíquico del niño, ya que se comienza a vislumbrar el sentimiento de culpabilidad que se puede expresar en forma claramente reconocible o totalmente encubierta. La mayoría de las veces este se crea debido a la actitud dividida del niño hacia sus padres, como resultado de los límites que imponen. Cuando el niño más los quiere, más se acrecienta la culpa y su temor a perder su cariño al no cumplir con sus exigencias.

En el infante se distingue un sentimiento de culpa, que va dirigido al mundo exterior y se denomina primario. La culpa primaria se crea a partir de un conflicto externo con el miedo, cuando el niño se opone a los ordenamientos de la educación, lo cual va a desarrollar un temor a las consecuencias de su conducta y, especialmente, miedo a la pérdida del cariño. Su única alternativa es la represión de los impulsos indeseables y el sometimiento a las disposiciones. Aquí se puede hablar del miedo social del niño, ya que conduce a la primera adaptación a la sociedad y sus reglas de conducta que le procuran los padres y adultos, este temor se desplaza a miedos infantiles como la oscuridad, los monstruos, los fantasmas y los payasos, entre otros.

En la exploración continua que el niño realiza de su miedo ambiente, el lenguaje desempeña en este período un rol determinante que apoya el proceso de socialización. Esta nueva adquisición es utilizada por el niño para conocer su entorno, al implementar para ello preguntas primitivas tendientes a satisfacer al máximo su curiosidad innata. El saber "donde" se encuentran los objetos y cómo se denominan las cosas conocidas que se suelen acompañar frecuentemente de los "por qué". Todo parece indicar que los "por

qué” de la primera infancia presentan una significación indiferenciada entre los conceptos de finalidad y causalidad, dándole así un carácter incógnito ante la visión de los adultos. Esta forma características de expresión se refleja en todas las áreas de su desarrollo.

La forma como el niño plantea sus preguntas pone totalmente en evidencia el carácter aún egocéntrico de su pensamiento, en este nuevo ámbito de la propia representación del mundo en oposición con el de la organización del universo práctico. Todo esto ocurre como si los esquemas prácticos fueran transferidos al nuevo plano y se prolongaran en él, no solo como finalidad, como en el descrito anteriormente, sino también en las formas de animismo infantil, que es la tendencia propia en el niño a concebir las cosas como si estuvieran vivas y dotadas de intenciones.

El enriquecimiento progresivo, derivado de un proceso de socialización cada vez más amplio, fomenta en el niño el incremento de intereses y la avidez por conocer lo que lo rodea. En busca de este conocimiento dirige su atención a diversas actividades que le resuelvan sus inquietudes. Una de estas actividades es el cuento, que aparece atractivo ante él en función de los temas que aborda y a la forma como estos son manejados.

Aun cuando el niño está muy abierto a nuevas experiencias, su pensamiento conserva in carácter concreto por lo que las características de la narrativa de los cuentos que se le presenten, deben contener argumentos algo más elaborados pero acordes con los logros cognitivos de este momento como: asimilación de secuencias temporales, predominio del simbolismo, egocentrismo, incremento del vocabulario, entre otros.

En este periodo el niño incrementa sus habilidades comunicativas, le encanta mostrar sus adquisiciones y contarlas, se inventa sus propias historias. Este avance también es producto de su creciente familiaridad con los cuentos y he aquí un aporte fundamental del cuento al desarrollo cognitivo del niño y que a la vez es un termómetro del mismo: en su interés por expresar sus experiencias y de narrarlas a su modo, la lectura de un cuento pasa a ser un ejercicio particularmente activo donde nombra e identifica lo que ve en la lámina o pregunta si se trata de algo que no le es familiar; pasas las paginas, observa y hace verbalizaciones aun cuando estas sean inconexas o incompletas. Al finalizar el cuento que ha escuchado comienza a reconstruirlo apoyándose en las ilustraciones. Todo lo anterior estimula la formación de conceptos y lo induce a tener en cuenta elementos de su realidad externa que enriquecerán su yo y facilitarán su adaptación a ella.

Arminda Aberastury es una autora psicodinámica que entre sus diversas temáticas avanza sobre el juego. Ella señala cómo el juego se encuentra articulado a los distintos momentos evolutivos del desarrollo del infante y anota que: *muchos de los intereses de explotar del niño se hallarán en la base de su futura actividades de juego.*

Es así como para esta edad la autora señala cómo el niño se interesa por juegos con plastilina y barro como una forma de ejercer control por la forma y dominio de los elementos.

Una de las tareas mas importantes dentro del proceso de educación de un niño es ayudarlo a encontrar sentido a la vida, y la experiencia juega aquí un rol importante, pues gracias a ella logra avanzar progresivamente hacia la comprensión de sí mismo y de los otros. Así, se llega a visualizar como un ser ahí, un ser con y un ser para, lo que a su vez exige el desarrollo de recursos internos para que las propias emociones, la imaginación y

el intelecto se apoyen y enriquezcan mutuamente, lo que genera sentimientos positivos que nutren y desarrollan su racionalidad.

Un recurso psicológico fundamental en esta tarea es la dramatización que de sus experiencias hace el niño. Esto le permite hacer una proyección de fantasías y sentimientos, en ocasiones negativos, sin que movilicen en él grandes cargas de ansiedad y culpa. Esto favorece la elaboración de situaciones potencialmente traumáticas, a la vez que el niño ejercita su autoafirmación puesto que a través de la acción y la palabra satisface su necesidad de control externo. Al mismo tiempo, el interés y la atención que prestan a sus acciones quienes lo rodean lo hacen sentir aceptado y valorado.

En el recorrido de este segundo momento del desarrollo psicosexual se comenzó por plantear aspectos del desarrollo eminentemente biológicos como la apropiación, por parte del niño, del control de las funciones corporales como los esfínteres, el sueño y el hambre, entre otros, los cuales demarcan nuevas formas de relación objetal que generan, obviamente, repercusiones en el psiquismo del niño.

Se señaló cómo Sigmund Freud llama a este momento del desarrollo etapa anal, y además, resalta el control de los esfínteres por parte del niño. Así mismo, se hizo un recorrido por autores psicodinámicos que amplían este concepto al control de los impulsos en general.

Desde este modelo del desarrollo psicoafectivo se hace énfasis en la bio-psico-relacional y así se revisó cómo el avance sobre el control del cuerpo viene acompañado de las exigencias de los padres en relación con adecuar el cuerpo y sus necesidades a las expectativas sociales. Se comienza un proceso de renuncia al instinto con el propósito de responder a las expectativas del objeto. El responder a las exigencias le permite al niño la creación de un nuevo elemento psíquico “el ideal del yo” y el establecimiento de relaciones objetales basadas en el principio de la reciprocidad. El universo de relaciones de objeto del niño se amplía y además de la aparición del padre, comienza el establecimiento de vínculos por fuera de las figuras parentales como otros familiares, compañeros del colegio y profesores.

Esta apertura del niño al mundo no es inmediata y al principio vacilará entre la búsqueda de la dependencia de la madre y un sentido de autonomía. El cómo avance en el camino a la autonomía responderá, en gran parte, a cómo se tramitó el momento oral y la seguridad que se ofrece en esta etapa que lo lleva a explorar el mundo. La ganancia del lenguaje propicia el fortalecimiento de la relación con los padres y la ampliación de su mundo social desde las relaciones afectivas.

4. EL AMOR PARENTAL Y LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN

La ganancia que ha presentado el niño en referencia con su cuerpo ha permitido tomar un mayor control sobre sus impulsos que, articulados a la normatividad de los padres y la social, han fortalecido su sentimiento de adecuación. Es momento para que el niño se dirija su acción sobre un nuevo paso evolutivo: Erikson señala cómo entre los 3 y 5 años de edad el niño desarrolla una creciente iniciativa en imponerse al entorno, es así como amplía sentimientos de voluntad y posesión sobre sus objetos de amor. Frente a la iniciativa se presenta también la culpa. El exceso de voluntad y posesión sobre los objetos pueden generar molestias y rechazos por lo que Erikson nombra que esta experiencia se

convierte en un momento crítico a superar. Esta propuesta de la iniciativa frente a la culpa encuentra puntos de apoyo en evidencias organizadas por otros autores como Sigmund Freud como su aporte clásico del complejo de Edipo.

La vivencia edípica hace un antes y después en referencia con los procesos de socialización, identificación, lugar sexuado y elaboración psíquica. Se presentará la influencia de lo edípico desde cada una de estas vertientes, enfatizando que estas se encuentran entremezcladas entre sí y enmarcadas por los procesos de maduración biológica, factores ambientales y culturales y estilos de relación objetal.

Una introducción a la temática de la identificación y el lugar sexual

Freud define, en 1920, la identificación como: “la expresión primera de un vínculo afectivo con otra persona”, esto indica que desde el comienzo se ha entramado un proceso identificatorio.

Después de haber pasado por las primeras etapas en donde el niño logra conjugar, por una parte, el sentimiento de confianza básica producto de una óptima relación de apego con las figuras parentales y, por otra, el desarrollo de un sentido de autonomía que le asegura el reconocimiento de sus capacidades y la aceptación de los límites externos, el niño intenta ingresar a un mundo social cada vez más amplio. Gracias a su enriquecimiento cognitivo y la posibilidad de expresar en forma más elaborada sus necesidades y pensamiento, y a su espontáneo interés por iniciar activamente un sinnúmero de nuevas experiencias, el niño procura acomodarse exitosamente a ese medio cada vez más cambiante.

Durante esta fase, el infante actúa según una pauta consecuente de razonamiento, se tiende a comportar de un modo similar al de sus mayores, como si supiera intuitivamente cuál es la naturaleza de la vida que lo rodea. Se logran importantes avances cognitivos donde el razonamiento es transductivo, es decir, relaciona lo particular en lo general.

El interés, cada vez más acentuado en los hechos que ocurren, determina una mayor asimilación. Simultáneamente el desarrollo actual implica la generalización de símbolos como imágenes de un concepto más integral. La organización de su conocimiento en expansión ayuda al niño a obtener la capacidad de generalizar su experiencia mental.

En este período se comienzan a presentar en el niño una serie de fenómenos que demarcan, según Freud, una verdadera relación con un objeto externo real. Durante esta etapa el niño presenta un mayor interés hacia los genitales, la diferenciación sexual, la desnudez, la relación de los padres como pareja y la función reproductiva. Es así como esta fase se caracteriza por una intensa exploración sexual. El niño, a través de la exploración de sus genitales, experimenta sensaciones agradables y placenteras, hecho que despierta curiosidad e inquietud en el pequeño. Por esta razón, el onanismo, como conducta, se tiende a repetir y se convierte en un escape normal y tranquilizador de las tensiones e irritaciones corporales propias de este período.

La curiosidad del niño por la zona genital ha generado en él actividades de frotamiento de esta lo que le produce placer. Los padres que han generado control frente a las conductas del niño no dejan por alto este aspecto. Se han producido exigencias, por parte de estos, para que el niño se abstenga de estas actividades. Como ya se ha señalado, el avance en

los distintos momentos del desarrollo psicosexual requiere de la interacción de lo biológico, del vínculo y el ambiente. Hasta el momento lo biológico, representado por el placer genital, y lo vincular, constituido por la prohibición de los padres, se han conjugado.

Una de las vivencias más importantes del niño durante este período, parte del reconocimiento de las diferencias sexuales anatómicas (Freud, 1905), es decir, de lo que constituye físicamente a un niño y a una niña, lo que trae consigo una serie de consecuencias psicológicas importantes entre las que sobresale la distinción de género en tanto funciones y lugar social. Así mismo, reconoce la distancia entre lo que es un niño y un adulto.

Desde las relaciones del niño por fuera de los vínculos paternos se presentará un hecho que propiciará un importante impacto en los vínculos parentales y en la forma como el pequeño percibe su cuerpo y sexualidad. Ya sea en el jardín escolar, en la casa, o en medio de algún juego infantil con otros niños, el infante se encontrará con el hecho de que anatómicamente niños y niñas son diferentes. Esto produce al menos dos consecuencias: a partir de este reconocimiento el niño identificará los lugares de hombre y mujer generándose un cuestionamiento sobre su posición de género. Por otra parte, se activarán las amenazas de los padres en relación con la autoestimulación genital asociándolo a fantasías de pérdida, debido a que al percibir a la niña como ausente de pene, teme él también perderlo.

Arminda Aberastury señala, entonces, cómo en el juego del niño, en momento evolutivo, se presentan contenidos que marcan el reconocimiento del lugar de género: el juego a la familia, a las parejas y otros que demarcan la curiosidad por las diferencias sexuales, son propios de este momento.

David (1979) explica que, en el caso del niño, los sentimientos hacia el progenitor del mismo sexo son complejos. Admira a su padre, reclama su protección, ama su presencia, no se opone a él más que en la medida en que es un obstáculo para la ternura exclusiva que experimenta hacia su madre, a quien busca de una manera más activa. El niño trata de afirmar su virilidad ante su madre de múltiples maneras, casi siempre en forma inconsciente. Se muestra atenta y servicial con ella, así mismo, trata de mostrar su fuerza, autoridad o protección, porque en esta etapa adopta actitudes de "hombrecito" con las que trata de probar su potencia y valor. Al mismo tiempo, se presenta una necesidad de incrementar su dependencia de la madre, evita separarse de ella o al menos expresa tristeza ante el hecho. Consecuentemente, la presencia del padre suele, por sí misma, romper la intimidad del contacto con su madre. David opina que el niño tiene un sentimiento ambivalente hacia el padre a pesar de que lo requiere y admira, siente envidia por su pequeñez y porque no podrá nunca igualarlo.

En el caso de la niña esta ha tomado como objeto de amor a la madre, pero a diferencia del niño ella se aleja del objeto de amor inicial y dirigirá su mirada e interés al padre.

Se observa un período normal de oposición a la madre; generalmente se vuelve obstinada y caprichosa, rechaza obedecerla, mientras que con el padre es amorosa y trata de captar toda su atención. Como la niña ha mantenido un estrecho vínculo afectivo con la madre, sus novedosos sentimientos hostiles y de rechazo por el deseo de conquistar a su padre y convertirse en su favorita, generan en ella sentimientos conflictivos que le producen la sensación de pérdida y proyecta estos sentimientos en su madre, piensa que es ella quien no la quiere. Esta proyección, que en principio se da por las fantasías de la niña, se

reafirma y toma cuerpo cuando la madre, molesta por su actitud negativa, se enfada y responde de manera similar a su hija.

La evolución de estos sentimientos resulta del proceso de identificación con el padre del mismo sexo, y este proceso se verá favorecido con la permanencia de figuras parentales sensibles a las necesidades “amorosas” del niño y la niña durante esta etapa. Es normal que en la familia la madre suela sentir una predilección por el niño y el padre por la niña, siempre y cuando no resulte exagerada y desentonante o compensatoria por déficit o conflictos afectivos de los padres. Estas reacciones son positivas por cuanto el niño se siente merecedor del amor del padre del sexo complementario, sin dañar en su fantasía a la figura que le proporciona un modelo de identificación.

Las medidas coercitivas adoptadas por algunos adultos, en las cuales reprimen las naturales tendencias sexuales, lograrán en algunos casos disminuir el comportamiento autoestimulador, pero lo llevarán a buscar otro tipo de sustitutos para satisfacerse. En otros podrán generar temores a la sensación de placer en sí, distinto a su padre y a su madre.

Socialización

Es relevante destacar que, aun cuando se presentan estas manifestaciones hacia los padres, el campo de interés del niño se ha ampliado considerablemente; la familia ya no es el centro de sus aspiraciones, la escuela propone otras tareas y metas mostrándole que existen más vías de valoración y afirmación. Las relaciones con los demás sufren, igualmente, profundas modificaciones. Progresivamente, el amor captador y egocéntrico de los padres, principalmente el de la madre, cede el paso a una nueva forma de afecto más desinteresada y estable de ternura y respeto. El niño seguirá unido a sus padres cada vez menos en razón de los servicios que le puedan prestar y cada vez más en cuanto los aprecie como individuos. Ese paso es posible gracias a la identificación del niño con sus progenitores y a una mayor toma de conciencia de su individualidad y de las personas que lo rodean.

Por otra parte, el ingreso a un ambiente escolar más amplio le proporciona al niño diferentes posibilidades. Por un lado, el poder interactuar con individuos de su misma edad, poseedores de iguales condiciones, lo motivan a participar en nuevas actividades que le exigen la interacción grupal y que le aseguran la satisfacción de poder desempeñarse en ellas con éxito.

Igualmente, la relación con pares se convierte en una situación gratificante en donde a la vez que despliega al máximo las ideas e iniciativas apropiadas por él, enfrenta la necesidad de aceptar los límites requeridos para garantizar la estabilidad y el sentido de pertenencia.

El enriquecimiento progresivo que en lo cognitivo como en lo social se caracteriza a este período, ofrece la posibilidad de introducir formas narrativas que impliquen mayor complejidad y que, por ende, exigen en el niño un conjunto de condiciones que se aseguren su óptima asimilación. Aun cuando al niño en esta edad se le hace difícil concebir dos o más ideas simultáneamente y relacionar las partes con el todo, comienza progresivamente a organizar sus percepciones y conceptos, lo que amplía su capacidad de comprensión del género narrativo.

La posibilidad de gozar de esta organización ayuda al niño a obtener una asimilación más integral del contenido del cuento, pues logra así complejizar el ordenamiento de sucesos, la introducción de un número mayor de personajes, así como tramas que impliquen una narrativa secuencial que permita la recuperación de los hechos principales. Además, la magia en los cuentos de hadas y las creencias mágicas en los niños pueden ser procesos arbitrarios a los que se apela en un momento y a los que se ignora en el siguiente a favor de una realidad más reconocible. Esto como consecuencia del artificialismo característico del pensamiento descrito por Piaget como un proceso mental que evoluciona gradualmente en este período (Maier, 1965).

Sumado a las características cognitivas y emocionales surge a través de los cuentos la alternativa de apoyar el proceso de identificación del niño al incluirse en ellos tramas edípicas con figuras que posean roles claramente definidos en cuanto a sexo y que se plasmen como personajes altamente valorados o poseedores de un gran poder. La suma de experiencias previas facilita la asimilación del género narrativo y le permite al niño tener la competencia intelectual para concentrarse en una historia un poco más larga y con la práctica debe ser capaz de predecir la mayoría de los patrones comunes de acción.

En este momento evolutivo ha sido clave el avance que el niño ha logrado con referencia a la iniciativa frente a sus objetos de amor, entendida esta como su posibilidad de establecer una forma de relación en la que él ejerce un papel más activo estableciéndose sentimientos de autonomía y competencia, esta nueva posición puede llevar a excesos de control sobre las personas amadas o encontrar rivalidades y celos de estas, lo que con el tiempo puede generar culpa por manifestaciones de agresividad o excesos de dominación del objeto amado. Esta etapa formalizada en Erikson como "iniciativa frente a la culpa" mantiene elementos comunes con la propuesta en Freud del complejo de Edipo. Este último se puede resumir como el amor que siente el niño por padre del sexo contrario y la rivalidad por el mismo sexo.

Durante el trámite de estas vivencias ha sido una ganancia la posibilidad de formalizar procesos que han permitido el reconocimiento de las características de género (hombre-mujer) y los procesos identificatorios frente a estos. En la escuela, el niño ha logrado fortalecer la relación con los profesores, pues llega a desplazar a ellos características de relación que mantenía y mantiene con los padres. Con los pares se han formalizado juegos en los que se coloca de primer plano el tema del género y la identificación sexual.

El desarrollo psicoafectivo entre los 6 a 12 años

Un modelo integral de la latencia

Durante el período conocido como la segunda infancia (6 a 12 años de edad) se inicia una serie de cambios biológicos que a su vez propician unas variantes en las formas de relación psicoafectiva del niño en relación a como se venían presentando en la primera infancia (1 a 6 años).

Estos cambios en el desarrollo biológico a su vez se convierten en el piso sobre el que se generarán las características sexuales secundarias durante la pubertad y la adolescencia. Este avance evolutivo se encuentra mediado por las diferencias sexuales, es decir, para el niño y la niña serán diferentes a su impacto psicoafectivo.

Estos avances para ambos sexos generan un mayor sentido de confianza consigo mismo y con la posibilidad de interactuar con el medio externo, lo que repercutirá en la forma

como a partir de este momento el niño y la niña se relacionarán con sus pares y adultos en general.

Desde los aspectos cognitivos, durante este momento del desarrollo, se presenta lo que Jean Piaget definió como la etapa de las operaciones concretas, ya que para este momento el niño ha desarrollado una serie de habilidades propias del período sensoriomotor. La capacidad para establecer la conservación, el advertir que las cantidades no cambian al menos que se añada en la fase de las operaciones concretas ha dominado la idea de que las dimensiones sensoriales, como la forma y el tamaño, pueden cambiar sin que se alteren las propiedades básicas como la cantidad (Davidoff, 1998).

Este avance permite la consecución del pensamiento lógico que se afianzará durante el desarrollo de las operaciones concretas. El proceso es llamado por el también cognitivista Kunh (1984) como el “conferir significado” y descrito por Piaget como “construcción del conocimiento”. El niño ya cuenta con la capacidad cognitiva para realizar inferencias básicas sobre su entorno y aquello que explora, gracias a su desarrollo motor, también puede ser comprendido de acuerdo con los principios básicos de la lógica.

Este es un momento en el que se consolida la lógica de las relaciones de causa y efecto lo que permite el reconocimiento de reglas y normas, aspecto que será luego retomado en este capítulo cuando se amplíe el concepto del superyo propuesto por Sigmund Freud.

Freud define este tiempo entre los 6 y 12 años de edad como el período de latencia, el cual se encuentra como un momento de represión necesaria de las vivencias edípicas y es la preparación para metamorfosis que se genera en la pubertad. Sobre los orígenes del período de latencia este autor también resalta los elementos biológicos que se convierten en desencadenantes de cambios en la forma como se presentan las formas y vínculo y relación al ambiente en este momento evolutivo:

Durante este período de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral). En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación y, sin duda alguna, ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Estas últimas se atiende por entero a la esfera de competencia que se le ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño algo más ordenado y profundo (Freud, 1905).

En estas primeras aproximaciones al origen del período de latencia, Freud se remite a los aspectos biológicos que intervienen en el desarrollo evolutivo del niño, ya que en estas últimas, en los cambios fisiológicos de cuerpo, se encuentra uno de los principales motores para alcanzar al sujeto en busca de un nuevo posicionamiento de los psíquico, pero el aporte freudiano implica el interrelacionar estos aspectos con aquello que compromete el vínculo al otro y la importancia del ambiente en este período.

En la teoría de Freud, una de las primeras razones por las cuales el niño abandona sus deseos de sentir total posesión por el padre del sexo contrario es el de darse cuenta de

que no es posible tal nivel de relación de amor: *La ausencia persistente de la satisfacción esperada, la perpetua frustración del niño que espera, obligan al pequeño enamorado a renunciar a un sentimiento sin esperanza* (Freud, 1924).

El hecho de que el niño cuente con un desarrollo motor que le otorga la independencia corporal de los padres, con la presencia de la escuela como espacio socializador y con la ganancia de la iniciativa en las formas como establece las relaciones afectivas, le permite el alejamiento en el sentido edípico de las figuras parentales y un desplazamiento a los iguales.

El niño entre los 6 y 12 años de edad, en la escuela y con sus amigos de barrio, genera una serie de juegos que le permite elaborar las vivencias de la niñez y además le genera la posibilidad de entrar en el marco de las identificaciones de género. Juegos como “la cocinita”, “los vaqueros” y “la familia”, entre otros, permiten el acercamiento a los roles de hombre y mujer. La apropiación de nuevos esquemas de pensamiento y el desarrollo de la lógica y los principios de la abstracción ayudan en el proceso.

El desarrollo cognitivo y las vivencias afectivas organizadas por el complejo de Edipo también han generado una marca importante: la aparición del superyo. Este concepto remite en la teoría a la formalización del sentimiento de culpa, es decir, al reconocimiento de que cuando se generan acciones no adecuadas a las expectativas, tanto de los padres como las sociales, esto genera un sentimiento de malestar interno compuesto por las normas y reglas que el ambiente y la cultura exigen para la convivencia social. Esto es descrito Sigmund Freud como una instancia que nace del yo y luego se independiza de éste: *Vemos cómo una parte del yo se opone a la otra, la juzga en forma crítica y, por así decirlo, la toma como objeto* (Freud, 1915).

La razón por la que durante la latencia se presente un apaciguamiento de la vida sexual infantil no quiere decir que esta desaparezca. Este momento del desarrollo evolutivo es el ideal para que se genere un mecanismo de gran importancia para el hombre: la sublimación. Mediante el proceso sublimatorio la energía que antes era dirigida por completo al amor y rivalidad con los padres, ahora puede ser utilizada en otras actividades que tienen como características el ser sociablemente aceptadas. Es el momento en el que el niño puede empezar a desarrollar intereses artísticos y deportivos en lo que desplaza su energía.

En este momento, Erick Erikson señala cómo el niño se encuentra en la crisis de la diligencia con otra inferioridad. En él se presenta un mayor interés por relacionarse y ser aceptado por sus compañeros, es un momento en el que trata de encontrar para cuáles son sus intereses y qué habilidades puede desarrollar para así sentirse valorado por sus amigos, docentes y padres. Se plantea como resolución adecuada de esta crisis cuando el niño logra encontrar una respuesta positiva, por parte del medio, que lo valore y le permita construir un autoconcepto positivo de sí mismo.

La angustia del niño en esta etapa es la de ser segregado por sus iguales, busca identificarse con las características de popularidad marcadas por la relación con los iguales y los medios de comunicación, y teme al rechazo de sus padres por no responder a estos modelos.

En un comienzo la popularidad es un factor positivo. Finalmente, el interés del sujeto toma el camino de aquellos personajes que se atreven a trasgredir la ley, se presenta así una identificación proyectiva frente al deseo.

En resumen, hemos visto cómo el proceso de desarrollo psicoafectivo el niño logra consolidar muchos aspectos de su identidad, ha pasado de la dependencia absoluta con el objeto de amor a la dependencia relativa consolidada en el logro de la autonomía. Los logros en este momento del desarrollo psicoafectivo se pueden señalar así: del egocentrismo primitivo al conocimiento y amor propio al otro; de la angustia primitiva a la internalización del objeto; de la expresión de la agresión a la canalización por el sentimiento de culpa de su socialización; del desconocimiento de su lugar de género a la identificación de género; de las expresiones afectivas impulsivas y ambivalentes a la organización estructural y afectiva mediante el equilibrio entre la satisfacción de deseo y necesidades, y la adaptación a la realidad. Aspectos que dependen de los factores biológicos del niño y la relación con sus padres o sustitutos y, en general, del ambiente en el que el niño se desarrolla.